

cida por el abatimiento. Penetrada su imaginación de la caída que han dado, solo los representa lo que han sido y lo que son. Un trabajo que no le creen capaz de restablecer su antiguo estado, es insípido para ellos: no conocen la necesidad de él para borrar la continuada vista de su desgracia. La languidez y la muerte, casi inevitable de sus semejantes, no son mas que lecciones funestas é infructuosas de la debilidad del espíritu humano.

El dictador arrancado del arado para mandar los ejércitos, volvía á él sin pesadumbre, cuando el fin de la guerra ó los malos sucesos le restituían á su antiguo ejercicio. ¡Era esto entre los romanos el efecto de una superioridad de genio, que nos vemos precisados á reconocer en muchas ocasiones! Ellos no morirían, porque el amor al trabajo era carácter de su nación, como la ociosidad es acaso un defecto de la nuestra.

Para procurarse placeres se recurre á muchas cosas que no valen la pena: este medio se desprecia porque es fácil; es un medio que no merece confianza, solo dispone remedios simples.

LOS HONORES.

LOS Honores no lisonjean mas que la vanidad; pero la vanidad tiene muchas ramas. Creemos solicitarlos solo por el bien público, ó por los adelantamientos de la familia: cuando los pretendemos, nos persuadimos á que nuestros sentimientos son mas nobles que los de los otros, y nos juzgamos mas felices cuando llegamos á obtenerlos.

Las pasiones están subordinadas entre sí, y se ceden la primacía de edad en edad. Es muy difícil que en la juventud no se la lleven los placeres: entónces nos lle-

gamos á persuadir, que podemos mirar con indiferencia ciertas obligaciones, que son de todas edades. Esto es un error, que lisonjea demasiado para que no le autorizemos. Los jóvenes le sostienen por interes, y los ancianos por reconocimiento.

El abuso que hacemos de los placeres, y los límites que es preciso prescribirlos, los privan muy tempranamente de toda aquella vivacidad que constituye su mérito, y arrastran á los hombres á que soliciten honores y dignidades, de las que se embriagan mas ó ménos, segun el carácter que los domina.

La multitud de los que perecen corriendo tras este fantasma de gloria, no corrige á nadie. Es un mal que para temerle es preciso haberle experimentado: la experiencia de los otros no es mas que un sueño: hallamos en su conducta obstáculos y dificultades, que estamos ciertos de no tener nosotros: somos mas inteligentes, mas sabios, mas felices. Solo pereciendo, como ellos, conocemos, aunque tarde, la falta irreparable que hemos cometido en preferir á la paz y libertad unos trabajos inútiles á nuestro adelantamiento y nuestra gloria, que solo han servido de alterarnos, de forjar nuestras cadenas, y aun de apresurarnos la muerte.

La ambición es desreglada en la mayor parte de los hombres: los mas ambiciosos no son los que tienen mas talento. Si examináramos seriamente el modo con que están distribuidos los honores, casi nos avergonzaríamos de descartarlos: la vida privada es el puesto mas honorífico.

Comunmente se dice: ¿Qué se haría de los cargos y de los empleos si no hubiera ambiciosos? qué se haría de ellos? Conferirlos á los mas dignos, que serán por lo regular los que ménos los deseen.

La cábala y la intriga los arrancan al soberano, que no siempre es dueño de negarlos ni de elegir: las cosas han llegado á términos que no se puede pensar sino en los que procuran hacerse conocer y valer.

Se da dinero por obtener un empleo, cuyos primeros deberes son el desinterés y la rectitud. El que es rico, aun con la mayor ineptitud, aspira á todo, y todo lo consigue. Se espera á saber si es digno de los empleos cuando llega á poseerlos: en lo que ménos se piensa es en el mérito que exigen. Nos ocupamos del exterior del estado que queremos tomar, de las rentas que produce, de las prerogativas que goza, de la consideracion que nos adquiere; nos alimentamos del humo que le sigue, reglamos de antemano el aire que hemos de observar con nuestros iguales, ya inferiores nuestros. ¡Llegamos á obtenerlos? Principiamos á llenar la cabeza de distinta suerte, variamos el modo de andar, y hasta el tono mismo de la voz. ¡Con qué placer recibimos los homenajes de nuestros rivales por violentos que sean! ¡Qué no nos prometemos de la complacencia, de la baja adulacion de los que, no conociendo mas que los empleos, cuyo brillo los alucina infaliblemente, jamas tienen consideracion á los hombres que los ocupan, y para los que el asno mismo que lleva las reliquias es un objeto de adoracion!

Si es muy raro llevar á las dignidades el talento y habilidad que piden, es todavía mucho mas raro el no embriagarse de la pompa que las rodea.

Es tan lisongero el mandar, el tener en sus manos la disposicion de la fortuna y de la vida de los otros, que con facilidad nos olvidamos de la importancia del empleo, para ocuparnos únicamente del placer de obtenerle.

Los verdaderos sabios no piensan así: temen ménos los embarazos á que se sujetan, que las obligaciones que se imponen. Mas los hace temblar su conciencia, que la dificultad de contentar á los que han de juzgarlos. Se avergonzarian de hallar en todo lo que los rodea y los adula otro placer, que el de hacer el bien que está á su cargo. Los murmullos de la multitud no los afligen

sino en cuanto son conformes á los de su conciencia: cuando esta está contenta, lo están ellos tambien: ¡qué podemos temer de los hombres, cuando nada tenemos que temer de la conciencia?

Esto es lo que los hace superiores á todos los reveses: ni es ni puede ser otro el principio de su tranquilidad. No se irritan de la ceguedad de la fortuna, ni la querrán con ojos, porque su naturaleza es no tenerlos: la verán llamar á la puerta del mas indigno, despues de haber cerrado la suya, sin ofenderse de una preferencia que el solo capricho ha producido.

Nada maravilla ménos que lo caprichoso de las elevaciones y de las caidas: hace tanto tiempo que reinan, se manifiestan tan bien, que no nos pasma ser testigos de ella. Un hombre feliz por mucho tiempo en un puesto eminente es una especie de prodigio.

El amor del bien público es el solo atractivo legitimo de los honores, el solo que puede estorbar nos disgustemos de ellos. Todo otro motivo engaña por algun tiempo, y al fin castiga al que ha sido engañado.

La guerra, este oficio terrible en el que los hombres son la moneda del juego que se juega en él, es entre todos los estados el en que el mérito eleva á los honores con mas justicia. Una bella accion á que se sobrevive, es un título que habla por sí solo; no necesita de auxilios agenos para hacerse conocer: nadie se atreve á contestarle; parece que al mismo príncipe faltan recursos para satisfacer, segun su voluntad, á todos los que merecen recompensas en este género. La clase que corre ménos peligro, debe contribuir á las necesidades de la que corre mas, porque no basta hacer votos por los que esponen su vida por la patria, y cuyo menor perjuicio es empobrecerse sirviéndola.

No confundamos la emulacion con la ambicion: la primera es digna de las almas bien nacidas: seria una dolorosa desgracia que no esperimentásemos este ardor, este

movimiento del corazón á vista de los que se distinguen por sus acciones brillantes. Me acuerdo que leyendo las vidas de los grandes capitanes de Cornelio Nepote, me llenaba de admiración hácia ellos, y aunque niño, esperaba transportes que me arrebataban.

La imitación tiene un no sé qué de servil, que repugna á la elevación de los sentimientos: la ambición es una pasión peligrosa por los excesos á que conduce, y que la caracterizan; pero la emulación es legítima. Es un deseo de obrar bien, que honra el alma, y que con el ejemplo de los otros la ayuda á superar los obstáculos que se oponen á la continuación de las grandes cosas. Como no tenemos emulación sino para el bien, jamás se halla corrompida ni por la envidia ni por los zelos que la deshonoran.

Debemos mirar con gusto la gloria de los otros. Si tenemos vergüenza de que nuestros semejantes cometan acciones bajas, si nos creemos humillados por ellas, debemos hallar alegría en verlas ejecutar gloriosas; participamos del honor que los resulta de ellas. Todos tenemos interés en que los hombres sean estimables: nunca son con más razón nuestros hermanos, que cuando son dignos de alabanza.

Raras veces somos dueños de hacernos amar; pero lo somos siempre de hacernos estimar. Esta estimación es el verdadero principio de la consideración, que no siempre está unida á las dignidades.

La mayor felicidad que pueden tener los hombres en su vejez, es la de ser estimados. Esto jamás se consigue sino con el mérito: ni los encargos, ni los empleos adquieren esta estimación; solo se logra por el modo de conducirse: es preciso principiar á merecerla tempranamente.

El mundo nunca olvida ciertas faltas de la juventud: estiende el castigo de ellas hasta la edad más avanzada, cubriendo de desprecio al que ménos lo esperaba, y que

creía falsamente que su estado repararía su honor. Hay faltas más difíciles de repararse, que lo hubiera sido no cometerlas.

La consideración es un tesoro que debemos buscar por mucho tiempo y desde nuestra entrada en el mundo. Los primeros pasos en este país tan risueño á la vista, y tan formidable en efecto, deciden de toda la vida. Siempre se nos creará lo que representamos cuando llegamos á él: jamás se cuenta sobre reformas esenciales, y á fe que no falta razón: se calcula lo que la edad y la experiencia pueden producir: se sabe que el honor y los sentimientos nada adquieren con el tiempo: toda acción que no se conforma á ellos, es una acción cuyo efecto es eterno. Podemos decir que es más necesario á la juventud evitar el mal, que practicar el bien, si lo uno pudiese estar sin lo otro, porque es más común olvidar el bien que el mal.

LA POLÍTICA.

LA Política es el conocimiento de los medios que conducen á un fin. No debe proponerse sino objetos honestos, ni emplear más que medios legítimos. Es el alma de los estados y los gobiernos; es la ciencia del entendimiento la que más le ejercita: más talento exige ella sola que otras muchas juntas.

No debemos maravillarnos de que haya pocos políticos. Su formación exige calidades que se reúnen raras veces: una penetración viva y un juicio sólido; muchos conocimientos y el arte de hacerlos valer; un aire abierto y pensamientos ocultos; mucha imaginación y sangre muy fría; penetrar á los hombres sin que ellos lo conozcan; lisongear su amor propio á costa del suyo; tener paciencia é importunar; ser prudente y no pare-

cerlo siempre; no manifestarse lo que es, ni manifestar lo que no es; persuadir á los hombres sus verdaderos intereses, á pesar de las pasiones fogosas que los apartan de ellos; suscitarles ideas á que se opone su entendimiento, y acostumarlos á ellas, hasta empeñarlos en seguirlas, como si ellos fuesen sus autores; hacerse dueño de sus pasiones para no dejar á los que los examinan medio alguno de descubrirlas ó aprovecharse de ellas.

Una turba de espíritus medianos, aplicados inoportunamente á los negocios del gobierno, incapaces de esta superioridad de inteligencia, necesaria al manejo de las grandes cosas, y mas incapaces todavía de ceder á otros una ocupacion tan superior á sus fuerzas, han recurrido á las trampas, á la mentira, á la mala fe. Algunas veces han salido bien; pero esto ¿puede ser suficiente para acreditar un método detestable, y para establecer que los mas diestros políticos solo son unos bribones hábiles? ¿Quién no ve que tales buenos éxitos son pasajeros, y que tarde ó temprano se penetran las intenciones injustas que los prepararon? ¿Qué es quedar arruinado para lo sucesivo, pues se pierde la confianza de aquellos á quienes se ha engañado una vez?

Desgraciados de los reyes, cuyos ministros no aseguran ó restauran su poder sino por medio de la injusticia y de la falsedad. Mas daño causan tales ministros á sus amos, deshonrando su autoridad, que aumentos pueden adquirirlos. ¿Cuántos estados han perdido su verdadera gloria por un solo tratado?

No hay razon para creer que los intereses de los príncipes no exijan tanta rectitud y probidad como los de los particulares: por el contrario, pedirian mas, si se admitiese mas y ménos en la probidad, que es indivisible. El velo con que se ocultan los negocios de estado, solo debe servir para conservar un secreto necesario á su buen éxito; no se ha hecho para encubrir intrigas injustas: la verdad, que le rompe á su tiempo, deja ver patentemente los resortes que se han jugado.

Se sorprende á sus rivales por una mayor vigilancia; se les hace cometer faltas de que se saca fruto, no se les dice todo lo que se piensa, se ve mas que ellos, se les escede en habilidad, en actividad; pero es preciso avergonzarse de emplear armas que no apruebe la justicia; debemos negarnos á estas tramas de maldad y de perfidia, que solo puede hurdir la ambicion en los monstruosos excesos de que es capaz.

La destreza y la falsedad, la cábala y la astucia, se tocan, pero no se parecen.

No seria difícil demostrar, que nada asegura mejor el éxito de una negociacion que la probidad y la buena fe. Concilian la estimacion y confianza de aquellos con quienes se trata. Sin ellas se pierde infinito tiempo en desconfiar los unos de los otros, se engañan mutuamente, se teme proponer lo que hubiera salido bien, se esperan, se observan. Entre tanto, el asunto yace en la languidez; el momento decisivo que le hubiera terminado se desvanece.

La probidad y la buena fe toman un camino, que no está embarazado por el encuentro de sus rivales: los preceden, llegan á su fin ántes que supiesen que iban á él.

Se cree que hay muchos secretos en el estudio de la política: yo no sé si la rectitud de conducta no es el mas esencial: en ningun caso está sujeta al arrepentimiento. Se podria formar un volúmen de las negociaciones destruidas por no haberla puesto en uso.

¿No nos desprenderemos jamas de la falsa máxima, de que no podemos hacernos dueños de los hombres sino engañándolos? Es un camino abreviado que debe sonrojarnos, que prueba una debilidad despreciable; supone una falta de inteligencia y de capacidad. Mejor seria renunciar á la política, cuando nos conocemos faltos de talento, que profanar su uso, deshonrándonos á nosotros mismos.

¿Con qué ojos miramos á estos famosos políticos, á quienes han hecho mas célebres sus injusticias que el poder á que se eleváron? El honor nunca pierde sus derechos. Un ambicioso envidiará quizá el puesto que ocupáron, aunque les costase muchos sacrificios obtenerle; pero su pasion no hace ley para nadie. Siempre cubrirá su nombre y el de sus semejantes un título odioso, inventado para amedrentar á los que sigan la misma carrera. Un buen éxito jamas borra la vergüenza de los medios que se han empleado: la conciencia pública es un temible tribunal donde se les juzga con severidad: los condenados en él lo son sin apelacion.

La política fué entre los romanos la licencia, que quizá les dió mas derecho á la admiracion de los hombres. ¿Qué multitud de acciones memorables no ha producido entre ellos, marcadas todas con el sello de la buena fe, la grandeza de alma y la generosidad? Si estuviere concedido á los establecimientos humanos el durar siempre, la república romana pudo pretenderlo, tanto por la prudencia de su política, como por la superioridad de sus armas.

Un tratado admirable, ménos conocido que una multitud de otros de que está llena la historia, es el de Trifon. Este príncipe se habia apoderado del trono de Siria, despues de haber dado la muerte á Antioco, de quien era tutor, y á quien pertenecia la corona. Trató de asegurar su nuevo título por un decreto del senado. Trifon creyó deslumbrar á los romanos con una estatua de oro de 100 marcos de peso, que representaba la victoria, sujeta á estos señores del mundo, y la hizo conducir á Roma por sus embajadores. El senado, por respeto al feliz presagio de la victoria que parecia llevar consigo, admitió el presente; pero volviendo esta admision contra el usurpador mismo, hizo grabar por inscripcion de la estatua el nombre del legítimo príncipe á quien habia muerto el tirano.

Una nacion viva y guerrera no admite de buena gana esta ciencia, lenta en sus operaciones, aunque gloriosa en sus sucesos: todo lo que la hace esperar cree que la cuesta muy caro. Quiere vencer con tanta prontitud como pelea. La espada con que cortó Alejandro el nudo gordiano, es el instrumento de que se sirve con preferencia para decidir de sus derechos y de los de sus rivales.

La humanidad padece en hacer derramar una sangre, y morir unos hombres que pudieran haberse evitado. Nunca fué mas grande Mazarin, que cuando á fuerza de persuasiones reconcilia los egércitos de Francia y España, ya á la vista para atacarse. Es sin duda mas glorioso reinar con la prudencia que con la fuerza: el héroe que ha derramado mas sangre, es muy inferior al héroe que mas ha evitado que se derrame.

LAS RIQUEZAS.

LAS ventajas y peligros de las Riquezas son muy conocidos; pero ni estamos conformes acerca del uso que debemos hacer de ellas, ni las apreciamos por lo que valen; constituyen una gran diferencia entre los hombres. Todos las desean y las aman: los que tienen ménos son los que mas mal hablan de ellas: es muy raro que se hable justamente, y mucho mas raro todavia que se usen bien.

Es inútil esperar que los ricos miren á los pobres como á sus hermanos, ni que los alivien á proporcion de su miseria: se han aumentado sus necesidades hasta tal punto, que no los dejan medios para cumplir esta primera obligacion que impone la humanidad.

No ha entrado la moda por elegir un cierto número de familias indigentes que ayudar, como de perros y caballos que mantener: jamas se ha reflexionado sobre las

ventajas que resultarían de esto para la felicidad de la sociedad.

Yo no pretendo que todos los que se dicen pobres, ni aun muchos que lo son en realidad, merezcan ser socorridos; es muy fácil hacer la distinción.

De cuantos niños nacen en la indigencia, muere la mayor parte por falta de socorro: estos no podemos decir que sean culpables de su miseria. ¡Qué pérdida para la sociedad, á quien hubieran servido, y que realmente carece de hombres! Nos lamentamos de que hay pocos: la dureza de los ricos es quien los mata.

Se escriben libros sobre las ventajas del lujo; se le cree de un recurso admirable para los estados en que se introduce; pero este mismo lujo, llevado al exceso, lo absorbe todo hasta el patrimonio de los pobres. Nadie se atreverá á decir que los bienes que produce sean comparables con el de conservar individuos á la sociedad, que él destruye visiblemente.

La posesión de las riquezas trae consigo cuidados y placeres, que dejan poco lugar para semejantes reflexiones: ricos han muerto sin haberlas hecho jamas: los que nacen en una perfecta abundancia, no conocen lo que es un pobre. Es necesario que los amemos. Yo he visto un niño que, en una edad en que solo el mal ropage podía enseñarle que no eran tan felices como él, procuraba consolarlos, y, á falta de dinero, los daba todo lo que servía á sus placeres. La humanidad hablaba en él: solo se trataba de reglarla para hacerla justa: las reflexiones no deben producir otra cosa.

Las riquezas se han hecho tan necesarias, han adquirido un crédito tan formidable, se consigue con ellas tan fácilmente todo lo que se quiere, que no es extraño que la multitud, mas habituada á satisfacer sus necesidades, que á reflexionar sobre su origen, las adora, crea que nada hay superior á ellas, se obceque sobre los medios de adquirirlas, diga con el hombre de Horacio:

..... Rem facias; rem,
Si possis, recte, si non, quocumque modo rem.

Los verdaderos filósofos no piensan así: borran del número de los felices á los que solo lo son por sus riquezas: no aplauden los errores del pueblo, que los cree tales: protestan, aun cuando no sean escuchados, que la verdadera gloria y felicidad solo se ha hecho para los que miran los tesoros sin comoverse, y que los poseen sin abusar de ellos.

Yo creo que hay virtudes abandonadas, por no conocer su precio ni las ventajas que producen. Méenos por repugnancia á lo que exigen, que por no tener una idea justa de ellas, se las prefiere una conducta miserable que ellas condenan.

Después de un buen rey, es un rico virtuoso la imagen mas parecida al Ser supremo, porque es capaz de cuantas especies de bienes quiere hacer: este es un poder que le conceden sus riquezas, y al que no pueden suplir ni el mérito ni la mayor voluntad. En sus manos tiene el remedio para casi todos los males de la vida: las riquezas suavizan maravillosamente los infortunios, que no pueden borrar en un todo.

En vez de emplear las riquezas en este uso que las comunica tanta brillantez, y el solo de que son susceptibles, se las hace servir para fines que no las pertenecen. Nos engreimos, despreciamos á los que no las tienen, nos hacemos fieros, difíciles, intratables, y aun algunas veces crueles. ¡Qué se gana en pervertir de este modo los mejores medios!

El sabio no desea ni las riquezas ni la pobreza. Este estado feliz de medianía es muy raro, y no podemos elegirle. Nadie se desprende de lo que tiene para quedarse en él, ni trabaja en ceñirse á su monotonía. Los que viven en él solo están contentos, porque no pueden pasar adelante.

El mundo está dividido en ricos y pobres. Este medio tan decantado y razonable no puede formar una clase separada: no es del gusto de los hombres; admiran su retrato en las descripciones que se hacen de él, y aun se creen felices si le obtuviesen; pero hacen cuanto les es posible para no verse en él. Es perder el tiempo predicar á los hombres la medianía: aunque no lo sean, yo los creo mas capaces de usar bien de las riquezas, que de no desear mas que las que necesitan. Tienen en sí mismos deseos, cuyos objetos confunden perpetuamente: miran á las riquezas como objeto universal, porque sirven para todo.

En el corto espacio de la vida, cuya mitad se emplea en aprender á pensar, y la otra mitad en no pensar nada; en este cáos de placeres y de penas que enagenan al hombre; en esta multitud de sucesos que producen las pasiones, pocas personas tienen tiempo ó capacidad para reflexionar sobre las ventajas de la medianía.

Muchas ménos son las que se hallan suficientemente exentas de errores y prevenciones para abrazarla; por el contrario, la moda universal es correr en pos de las riquezas, y ocuparse únicamente de ellas, aun con el riesgo de lo que puede sobrevenir. Se vive con la esperanza de adquirirlas y gozar de su posesion: lo primero llega tarde, y lo segundo nunca.

Por un efecto de imbecilidad humana, apénas hay un rico feliz que sepa usar de sus riquezas: los que las poseen gastan en pompas, en satisfacciones exteriores lo que debieran emplear en adquirirse placeres verdaderos; de estos placeres, que llenándolos ellos mismos de delicias, los harian adorar como á dioses. No se me persuadirá á que pudiera nadie negarse á esta felicidad si la conociese; pero no sabe que existe.

Despues de la injusticia en la adquisicion de las riquezas, el vicio mas odioso que producen es la avaricia. Esta es una pasion bárbara, que sin estar armada de

veneno ni puñal, asesina á los hombres, dejándolos perecer por falta de socorro. La ridiculez con que cubrimos y miramos este vicio, no le castiga suficientemente: debia establecerse que se privara de sus riquezas á los que las entierran, á los que, sin atencion á las necesidades de la sociedad, juzgan gozar de sus tesoros no usando de ellos, y que creerian verlos disminuir, si los registrasen otros ojos que los suyos. La pretendida felicidad de que gozan, no es legitima: no son felices sino por la infelicidad agena.

El avaro gusta siempre de preservar su hacienda; evita la sociedad de personas que no tienen tanta como él; prefiere de ordinario un bribon rico que le divierte, á un pobre hombre honrado que pudiera fastidiarle.

Solo personas incapaces de estudiar el corazon humano, son las que adulan al avaro, pues pocas veces pueden esperar de él socorro. Se logra divertir á un avaro, pero nunca ablandar su alma; es inaccesible á la menor sensibilidad. Se rie á costa de los que une á él la esperanza, y cuyas miras penetra muy finamente.

La economía con que se disculpan los avaros, es una virtud que nada tiene de comun con ellos: es tan estimable, como punible la avaricia. Sin ella se dispararian las haciendas mas arraigadas. Raras veces se ciñe el pródigo á mal gastar sus propios bienes; come los agenos, despues de haber devorado los suyos. Las pasiones dejarian de serlo si conociesen límites: la prodigalidad es una á quien siguen una infinidad de vicios. Se ha dicho con razon que es mas difícil conservar las riquezas que adquirirlas. Tal rico compra bien cara la infamia con que se cubre: tal avaro, con las acciones mas contrarias á las leyes de la sociedad y de la humanidad, aumenta el desprecio con que se le mira, y hace suspirar por el instante en que la tierra se librá de una carga tan pesada.